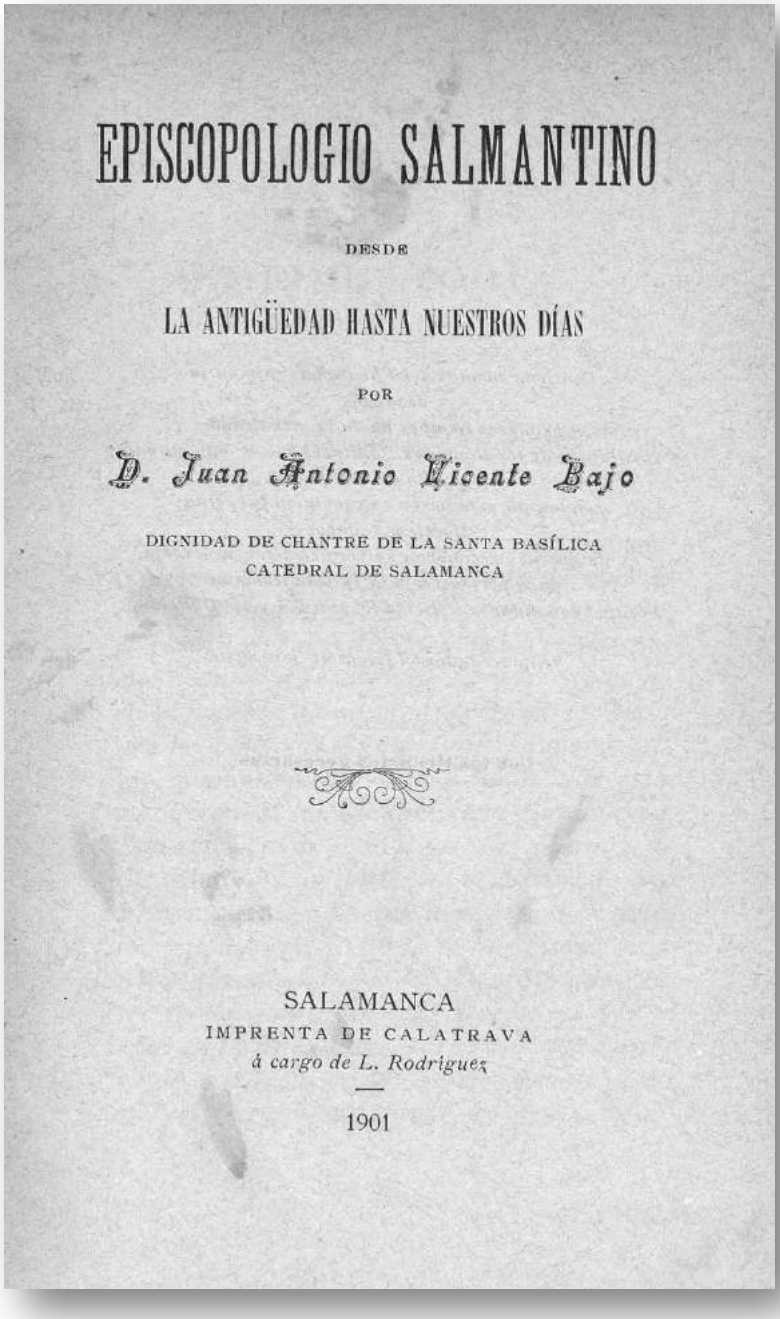
Publicación: VICENTE BAJO, J.A.: **Episcopologio salmantino desde la antigüedad hasta nuestros dias**.--Salamanca: Imprenta de Calatrava, 1901,pp. 177-186

Asunto: Biografía del obispo Francisco Calderón de la Barca



EPISCOPOLOGIO SALMANTINO

DESDE

LA ANTIGÜEDAD HASTA NUESTROS DÍAS

POR

D. Juan Antonio Vicente Bajo

DIGNIDAD DE CHANTRE DE LA SANTA BASÍLICA
CATEDRAL DE SALAMANCA

SALAMANCA
IMPRENTA DE CALATRAVA
á cargo de L. Rodriguez

1901

CAPÍTULO LIV

Don Francisco Calderón de la Barca (1693 al 1712) (!)

Fué colegial en el Mayor de San Ildefonso de Alcalá, Rector de su Universidad, Canónigo Magistral de Málaga, Murcia y Toledo. Carlos II le presentó para esta Silla é Inocencio XII lo confirmó. Tomó posesión el 16 de Septiembre de 1693. Era de la distinguida familia del Príncipe de nuestros poetas D. Pedro Calderon de la Barca.

En tiempos borrascosos de guerras civiles se le entregó la barquilla de la diócesis salmantina; pero gracias á Dios la sacó á flote, después de horribles tormentas que amenazaron sumergirla en los abismos. Dios le eligió para que gobernase en tiempos difíciles y con sus auxilios salió bien en todos los cómbates. Es verdad, que además de

(1) Aunque nuestro Prelado, Ilmo. Sr. Calderón de la Barca, participó del siglo XVII en los últimos siete años, nos ha parecido más conveniente colocarle el primero del siglo XVIII, ya porque llena los primeros doce años de éste, y ya también por ser más importantes los hechos de su pontificado en este último período.

Documentos relativos Orgaz (Toledo) Disponible en: www.villadeorgaz.es
Seleccionado por Jesús Gómez Fernández-Cabrera

su ciencia y virtud, tenía un celo apostólico que abrasaba su corazón. Tres veces visitó toda la diócesis, reformando las costumbres de sus diocesanos y desterrando los abusos que poco á poco se habían introducido en su rebaño. Compasivo con los pobres, severo con los incontinentes y caritativo con todos, se ganó el corazón de sus hijos, que le amaban como á padre. Daba cuantiosas limosnas. Solamente para las obras que se hacían para terminar la Catedral dió de una sola vez 11.000 ducados, y en 1705, cuando un rayo incendió el maderamen de la torre más alta de las campanas, no se sabe lo que dió, aunque sí que fué mucho, y trabajó para que se reparase en el menor tiempo posible. Compadecido de lo que sufrían los clérigos de San Cayetano por las malas condiciones de la casa que habitaban, no descansó hasta que les hizo el colegio, que subsistió hasta la guerra de la Independencia, del que tan gratos recuerdos conserva Salamanca. Favoreció también muchísimo á los hospitales. A su costa hizo en el general una sala para sacerdotes y la dotó con rentas que aún subsisten en parte. Presidió la inauguración del monasterio de San Bernardo, que tomó por Patrona á Nuestra Señora de Loreto, y la de Carmelitas descalzas, que tanta gloria dieron á Salamanca. En su tiempo, 1703, murió en el convento de descalzos de San Francisco, Fr. Andrés de las Llagas.

Era tenido como Santo, y se aceleró el entierro porque eran innumerables los que pedían re-

liquias, y se temió que invadieran la iglesia y despojaran el cadáver.

En 1700 murió Carlos II, sin sucesión y fué esta circunstancia origen de gravísimas guerras, que desolaron nuestra patria. Procurando evitarlas, después de haber consultado con el Vicario de Jesucristo, hizo testamento y dejó heredero de la corona á D. Felipe de Borbón, segundo hijo del delfín de Francia, nieto de Luis XIV y de D.ª María Teresa de Austria, hermana mayor del difunto Rey Carlos II. Pretendía también la misma corona D. Carlos de Austria, hijo legítimo del Emperador Leopoldo y de D.ª Margarita, hermana menor del mismo difunto Rey. Los dos descendían de dos hermanas del Rey Carlos II: el de Francia de la mayor y el de Austria de la menor. Parece imposible que por una cuestión personal se encendiese la guerra europea y no se aviniesen á una transación como en tiempo de San Vicente Ferrer en el convenio de Caspe. Los españoles estuvieron tan ciegos, que no vieron ni consideraron que la España con la guerra se debilitaba y era el juguete de las naciones poderosas, que se engrandecían á su costa. Para que la guerra fuese más cruel y sangrienta, se dividieron las provincias y las naciones, y unas se declararon por uno de los pretendientes y otras por otro. Para colmo de males, al terreno español eligieron ambos campeones para teatro de sus hazañas. Por Felipe V se declararon las Castillas, Andalucía, Extremadura, Galicia, Navarra, las tres provincias vas-

congadas y la Francia. Por el Archiduque Carlos, Aragón, Cataluña y Valencia, á las que se agregaron Inglaterra, Austria, Alemania, Holanda, Duque de Saboya y Portugal. Nos detenemos un poco más de lo acostumbrado en reseñar esta guerra, por lo mucho que afectó á Salamanca y á nuestro insigne Prelado.

El día de Corpus el Marqués de las Minas, general de los aliados, exigió la sumisión de Salamanca al Archiduque Carlos. El Duque de Berwick, general de Felipe V, aconsejó á la ciudad que no hiciera resistencia al enemigo, que contaba con un poderoso ejército de 20.000 hombres, al que él no podía hacer frente por ser el suyo mucho menor. Todo se efectuó en paz, y el Marqués de las Minas se contentó con las palabras de sumisión de Salamanca, y se marchó sin causar daño alguno. Así hubieran continuado los vecinos de Salamanca disfrutando de los beneficios de la paz y tranquilidad si se hubiesen dejado gobernar por los consejos del Prelado, Cabildo y Municipio. Empero en Salamanca había gente bullanguera, á quien gustaban las novedades, y motejaban al Obispo y Cabildo de cobardes, mientras ellos hacían alarde de atrevidos y valientes. Dos soldados entraron el 5 de Julio de 1706 en Salamanca por la calle de Zamora dando vivas á Felipe V. Se les unieron los revoltosos, y dando gritos por las calles, se apoderaron de las campanas, las tocaron á rebato y, en medio de la confusión, asaltaron y saquearon las casas de los portugueses, avecin-

dados en la población, y sin tomar consejo de nadie, asaltaron un convoy del ejército aliado que pasaba por la Vellés. Como Salamanca hacía poco que había prestado obediencia, á lo menos pasiva al Archiduque Carlos, los soldados que lo custodiaban, descuidados y confiados en la lealtad salmantina, se defendieron, creyendo que los que les atacaban no eran de Salamanca sino aventureros de partidas sueltas. Perdieron en la refriega una pequeña parte del convoy, y el resto lo condujeron por la noche al convento de San Jerónimo, de Salamanca Aquí fué donde se convencieron al verse acometidos de nuevo, de que Salamanca había faltado á su palabra. Se defendieron como pudieron desde el convento, y aunque perdieron otra parte del convoy, salvaron lo restante. Supo enseguida estos hechos el Rey de Portugal y mandó al Vizconde Fontearcada, gobernador de la plaza de Ciudad Rodrigo, que pasase inmediatamente á Salamanca con el numeroso ejército que tenía á sus órdenes, y que vengase los agravios hechos al ejército aliado y á los portugueses, imponiendo á la ciudad un cruel castigo que la sirviese de escarmiento. Al frente de la guarnición de Salamanca estaba el Teniente general Vega, hombre irresoluto, cobarde y farsante. Al saber que el ejército portugués que venía á Salamanca era numeroso y aguerrido y bien pertrechado de artillería, luego comprendió que era muy difícil la resistencia dentro y fuera de la población, no contando con más fuerzas. Mas esto, no lo decía al público, al

que engañaba con que no había cuidado, y lo traía entretenido en fortificar los sitios más débiles de las murallas. Cuando ya estaba cerca el ejército portugués, fingió que variaba de parecer y que salía al encuentro á detenerlo, y si era necesario á presentarle la batalla. Sacó con esta falsedad, no solamente las tropas regulares, sino también las milicias de la ciudad. Mas cuál fué la sorpresa de ésta al observar que en vez de dirigirse á Ciudad-Rodrigo, toma el camino de Pañaranda. Todos conocieron el engaño y comenzaron á temer más y más al ver el miedo del general. El Obispo, el Cabildo, la Universidad, el Municipio, se reunieron precipitadamente y tomaron el acuerdo de resistir al enemigo, y que se prepararan todos para la defensa de la ciudad y de los templos. Acordaron también, que el Ilustrísimo Sr. Obispo fuese inmediatamente á Peñaranda acompañado de solo un page, á pedir al general Vega auxilios para salvar á sus ovejas. Nuestro Prelado llenó su cometido de un modo digno. Se presentó al general, le requirió en su nombre y en el de la ciudad, que le mandase pronto socorro á fin de evitar las desgracias que amenazaban á sus ovejas, y viéndole rehacio, se puso de rodillas, y teniendo en las manos el pectoral le rogó que por la cruz que tenía delante, en nombre de Jesucristo salvase la ciudad.

Un poco le impresionó la forma en que se lo suplicaba el Prelado y le dió palabra de que socorrería á Salamanca. Mas el miedo que tenía al

ejército aliado y la palabra que había dado al Prelado pugnaban en su mente, y sin decidirse por nada, cogió un rodeo á cortas marchas hacia Alba. Mientras tanto el ejército enemigo llegó á Salamanca, intimó la rendición incondicional, y convencido de que las contestaciones que daban los vecinos no eran más que evasivas para ganar tiempo, dispuso el general que ocupasen sus tropas los conventos existentes extramuros, San Antonio, San Jerónimo, el Jesús y el colegio de la Vega, los que robaron y saquearon, cometiendo infamias y sacrilegios. Colocaron la artillería en frente del muro que media entre Santa Clara y Sancti-Spíritus. Cayeron varias bombas en Santa Clara, Franciscas y Clérigos menores é hicieron destrozos de consideración y privaron de la vida á varias personas. Entre otras, una que cayó cerca de las Franciscas destrozó á una madre y al niño que tenía en sus brazos, aterrorizando á los circunstantes. Abrieron á la vez un gran portillo en los muros y por más que los vecinos se esforzaban en multiplicarse y acudir al socorro de los sitios que ofrecían más peligro y las mujeres les llevaban los pertrechos de guerra y los alimentos á las mismas murallas, al tercer día de trabajos contínuos, sin relevarse y sin dormir, desfallecieron varios, entre otros un P. Jesuíta que les dirigía con grande acierto, por haber sido capitán aguerrido antes de entrar en la Compañía y haber peleado muchas veces en los tercios de Flandes. Convencidos los vecinos del inminente peligro en

que estaban, de que los enemigos entrarían en la ciudad y la entregarían al saqueo, degüello y á la ferocidad de los soldados; temiendo un exterminio general, enarbolaron bandera blanca y mandaron una comisión de personas respetables para que pidiesen la paz y sacasen el mejor partido posible. Bien conocía el general enemigo Vizconde de Fontearcada los apuros en que se encontraban los sitiados, por más que la comisión trabajaba para ocultarlos. Exigió 200.000 pesos como compensación de los gastos de guerra y de la valía del convoy, con más las cabezas de los principales factores que habían sido desleales á la causa del Archiduque. Mucho trabajaron los comisionados para que se atenuasen las exigencias. Se distinguió entre todos el Penitenciario de la Catedral señor Perea, que después fué nombrado Arzobispo de Granada. Consiguió que se disminuyesen á 100.000 pesos el tributo de presente, y en cuanto á lo demás, que se iría pagando al tiempo convenido. Consiguió también que se disminuyeran en gran número los rehenes, diciéndole el general: "Siento no llevarme su elocuencia". Tuvo la religiosidad el Vizconde de no admitir plata de iglesia en compensación del pago, diciendo: "Soy católico como lo son mi Rey y el Archiduque".

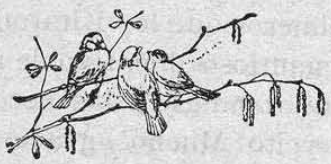
¡Poco duran las grandezas humanas! Esto pasaba el día 19 de Septiembre de 1706, y el 26 ya entró en Salamanca el general Almendariz y anuló todo lo hecho en favor del Archiduque y proclamó Rey á Felipe V. Enseguida salió en busca

del ejército enemigo, al que sitió en la plaza de Ciudad Rodrigo y el día 4 de Octubre se rindió el Vizconde con la plaza, quedando prisionero de guerra. Hecho que deshizo el tratado de Salamanca, dejando libres á los que había llevado en rehenes.

Nuestro Prelado, que había pasado por millares de angustias, pidiendo al general Vega que mandase á Salamanca socorro y rogando á Dios que se compadeciese de sus ovejas, al saber el desenlace dió gracias al cielo y ordenó que se cantase solemne *Te Deum*, recibiendo á su vuelta testimonios innumerables de amor y de aprecio.

En 1610 el Rey Felipe V visitó á Salamanca en señal del aprecio que tenía á una ciudad que tanto había padecido y de la que había recibido tantas pruebas de amor y fidelidad, sin distinción de personas ni de partidos. Nuestro Prelado y Cabildo fueron los primeros que le visitaron, ofreciéndole á la vez un cuantioso donativo de mil fanegas de trigo para que atendiese á las necesidades de su numeroso ejército. Mucho agradeció el Rey este regalo, que aceptó con señales expresivas de alegría, mostrando mientras vivió gran predilección á Salamanca, favoreciéndola con sumas considerables para la Plaza Mayor y proponiendo para Obispos á no pocos Canónigos y para los altos destinos civiles á los prohombres de la misma ciudad.

En este tiempo vino á Salamanca desde Madrid, una milagrosa imagen semejante á la de Atocha. La recibieron los Carmelitas descalzos con

mucha veneración. Celebraron un tríduo, predicando los tres sermones San Juan de la Cruz.

Después de esto, murió nuestro insigne Prelado lleno de merecimientos, el 25 de Febrero de 1712. Gobernó la diócesis dieciocho años y cinco meses. Por las guerras que aún continuaban vacó la Silla dos años. La administraron como vicarios don Francisco Ochoa, Maestrescuela, y después Obispo de Palencia, y D. Francisco Perea, Penitenciario, y después Obispo de Plasencia y por último Arzobispo de Granada.